

La Actitud y el Aprendizaje

Hace algún tiempo –dos años para ser exactos– en un seminario sobre Física I, al discutir sobre la motivación, un profesor externó la opinión de que no deberíamos preocuparnos por la motivación, que los alumnos venían al Plantel a estudiar, por lo que tenían que cursar la materia les gustara o no: ¿Para qué esforzarse, entonces, por hacer agradable el curso?.

Yo estoy de acuerdo en que los alumnos vienen a estudiar, pero por experiencia sé que no siempre lo hacen de buen grado, particularmente en las materias que imparto: Física I y Química I.

Sería conveniente cambiar la pregunta ¿para qué motivarlos? por ¿por qué no motivarlos?, dicho de otra manera, ¿por qué no presentar la materia en forma agradable, para que el alumno se interese por su estudio? Al impartir mis clases busco, entre otras cosas, que les gusten a los alumnos. Como profesor espero que los estudiantes que salen de mis cursos, estén por lo menos tan interesados en esas materias como cuando entraron.

A veces parece que la situación es al revés, que nuestra principal preocupación es presentar la Física o la Química como algo sumamente complicado y sofisticado, cuyo aprendizaje sólo está reservado a los elegidos; usamos un lenguaje críptico y, siempre que podemos, las expresiones matemáticas más elaboradas que conocemos. ¿Acaso buscamos que los alumnos odien nuestras materias? Por supuesto que no se trata de que se enseñe todo de manera tan simplista que sólo se vean definiciones operativas, conocimientos meramente descriptivos y sin profundizar, ni tampoco que no se use el lenguaje que le es propio a la disciplina que enseñamos. La crítica que presento, no va por ahí.

Es bien sabido que aprendemos más y mejor, cuando estudiamos algo que nos agrada e interesa. Por lo tanto, si nuestro objetivo como educadores es aumentar cada vez más el nivel académico, debemos preocuparnos por los mecanismos que permitan un mayor y mejor aprendizaje, incluyendo aquellos que se refieren al desarrollo de actitudes.

Los factores que influyen en el proceso de enseñanza aprendizaje, son muchos y variados, y los que afectan el desarrollo de las actitudes hacia las materias, son prácticamente los mismos; algunos se escapan de nuestra esfera de influencia, pero otros son responsabilidad nuestra, consecuencia directa de nuestra actuación como profesores.

Es a las cuestiones que dependen directamente del ejercicio docente, a las que quiero referirme. En otras palabras, pretendo hacer un análisis somero de cuáles actividades docentes pueden contribuir a que el alumno tenga una actitud favorable hacia la materia que impartimos, y cuáles otras probablemente están influyendo para que la actitud del educando sea negativa hacia ella, y por lo tanto están obstaculizando su aprendizaje.

En primer término, hay que considerar que es muy probable que el alumno conserve el interés por una materia, si la clase le resulta agradable y si el trabajar en esa materia le resulta gratificante; por el contrario, aun un alumno interesado en cierta asignatura perderá dicho interés, si las circunstancias en las que se lleva a cabo la clase, son adversas o molestas.

Ahora bien, ¿qué se entiende por una clase agradable? ¿Aquella en la que el profesor se convierte en el "Charlot" de la Química, por ejemplo? ¿O aquella en la que no se trabaja, en la que el profesor no exige? No, definitivamente no. Aunque hay que reconocer que el sentido del humor del profesor es importante, no se trata de convertir una clase de Química en "cómica". Se entiende por una clase agradable aquella que se desarrolla en un ambiente de res-

peto y armonía, aquella que muestra, en su organización y selección de recursos (películas y experimentos interesantes, laboratorios provistos del material necesario para la realización de las prácticas y experimentos, textos al nivel de los alumnos, etc.), el interés y entusiasmo del profesor por el aprendizaje de los alumnos. Es importante también dentro de este contexto que el alumno sienta confianza en el profesor, tanto para exponer sus dudas como para externar sus críticas.

Por otra parte, es probable que una clase se califique como "desagradable" o "aburrida" cuando ocurren algunas o todas las circunstancias contrarias a las descritas en el párrafo anterior, cuando se pone en ridículo al alumno o se le humilla, cuando el profesor no desciende al nivel de los alumnos o se muestra impaciente, cuando se limita a leer un texto o no se expresa con claridad, cuando no da información suficiente para la realización de una tarea (so pretexto de la enseñanza activa, esta situación es bastante frecuente en nuestro medio: el profesor que deja trabajando a los alumnos y les dice que sus dudas las deben resolver investigando solos sin ninguna orientación), etc.

Hago una invitación a reflexionar acerca de cuál es nuestra actuación personal frente a los alumnos, en cuáles de las situaciones descritas anteriormente hemos caído, consciente o inconscientemente; a reflexionar sobre cuál es nuestro objetivo como docentes: hacer que el alumno pase por nuestra asignatura con el único fin de completar los créditos del bachillerato o lograr que el alumno, después de nuestro curso, encuentre utilidad en lo aprendido y es-

té dispuesto a aprender más de ello, con lo que habremos conseguido que adquiera las herramientas metodológicas y habilidades que le facilitarán en lo futuro el aprendizaje de cualquier

disciplina, esté relacionada o no con la asignatura que impartimos.

ROSALINDA ROJANO R.
Area Ciencias Experimentales
CCH. Plantel Naucalpan